

## CAPÍTULO VII

*Los galos invaden Etruria. – Estado de fuerzas que los romanos tenían. – Victoria de los galos sobre los romanos en las proximidades de Fesola.*

Transcurridos ocho años de la división del campo Piceno (año -226), los gesatos alistaron un ejército poderoso y bien provisto, pasaron al otro lado de los Alpes y vinieron a acampar al río Po, donde se les unieron otros galos. Los insubrios y boyos permanecieron firmes en su primera resolución; mas los vénetos y cenomanos, con una embajada que los romanos les enviaron, prefirieron la alianza con éstos. De lo que resultó que los reyes galos se vieron en la precisión de dejar una parte del ejército para cubrir la provincia contra el terror de estos pueblos, mientras que ellos, trasladando el campo con todo el resto, compuesto de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos y carros, marcharon con denuedo, encaminando sus pasos hacia Etruria.

Tan pronto se supo en Roma que los galos habían pasado los Alpes, se envió a Arimino al cónsul L. Emilio con ejército para que contuviese por aquella parte el ímpetu del enemigo, y se destacó a uno de los pretores para Etruria. El otro cónsul C. Atilio ya había marchado anteriormente a la Cerdeña con sus legiones. A pesar de esto, en Roma todos se hallaban consternados al considerar el gran y terrible peligro que les amenazaba. Aunque no es de extrañar, cuando perduraba aún en sus corazones aquel antiguo terror del nombre galo. Y así, atentos únicamente a este cuidado, reúnen tropas, alistan legiones, previenen estén prontos los aliados y ordenan traer de todas las provincias sujetas padrones de los que se hallasen en edad de tomar las armas, para saber con exactitud el total de sus fuerzas. Se cuidó de que la mayor y más florida parte de tropas marchase con los cónsules. De granos, armas y demás pertrechos de guerra se acumularon tantos, que nadie se acordaba de otro igual hasta entonces. De todas partes contribuían gustosamente al logro de sus intentos. Porque los habitantes de Italia, atemorizados con la invasión de los galos, no juzgaban ya que tomaban las armas por auxiliar a los romanos ni por afirmar su imperio; por el contrario, creían que los empeñaba el peligro de sus personas, de sus ciudades y de sus campiñas: motivos por que obedecían con gusto sus mandatos.

Con el fin de que los mismos hechos nos den a conocer la gran República que osó atacar más adelante Aníbal y el formidable imperio contra quien hizo frente su arrojo, bien que llegó a tal punto su dicha que sumió a los romanos en los mayores infortunios, será conveniente exponer los pertrechos de guerra y número de fuerzas que ya entonces éstos poseían. Salieron con los cónsules cuatro legiones romanas, compuestas cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Acompañaban asimismo a uno y otro cónsul treinta mil hombres de a pie y dos mil caballos de tropas aliadas. De sabinos y etruscos, que al tiempo preciso vinieron al socorro de Roma, se reunieron cuatro mil caballos y más de cincuenta mil infantes, de los cuales, formando un cuerpo, fue enviado a las órdenes un pretor para cubrir Etruria. De umbros y sarinatos, moradores de los Apeninos, se congregaron hasta veinte mil. De vénetos y cenomanos otros tantos, que fueron situados en el límite de la Galia para invadir la provincia de los boyos y reprimir sus salidas. Éstos eran los ejércitos que defendían las fronteras del país.

En Roma no estaban desprevénidos contra la probabilidad de una guerra. Tenían un ejército, que hacía veces de cuerpo de reserva, de veinte mil infantes y mil quinientos jinetes romanos, y treinta mil infantes y dos mil caballos de tropas aliadas. En los padrones enviados al Senado constaban ochenta mil hombres de a pie y cinco mil de a caballo, entre los latinos; setenta mil de a pie y siete mil de a caballo, entre los samnitas; cincuenta mil infantes y dieciséis mil caballos, entre los japíges y mesapíges unidos; treinta mil infantes y tres mil caballos, entre los lucanos, y veinte mil infantes y cuatro mil caballos, entre los marsos, maruquinos, ferentanos y vestinos. Además de esto, guarnecíán Sicilia y Tarento dos legiones, compuestas cada una de cuatro mil doscientos infantes y doscientos caballos. El número de romanos y campanios inscritos ascendía a doscientos cincuenta mil infantes y veintitrés mil caballos. Con lo que el total de tropas acampadas delante de Roma sobrepasaba ciento cincuenta mil hombres de a pie y seis mil de a caballo; y el todo de las que podían llevar las armas, tanto roma-

nas como aliadas, ascendía a setecientos mil infantes y setenta mil caballos. Y a la vista de esto, ¿se atreverá Aníbal a invadir Italia con veinte mil hombres escasos? Pero de esto nos informará mejor lo que sigue.

Así que llegaron los galos a Etruria, corrieron y talaron impunemente la provincia, sin encontrar resistencia. Marcharon, finalmente, contra la misma Roma; y ya se encontraban en las proximidades de Clusio, ciudad distante de esta capital tres días de camino, cuando supieron que el ejército romano que guarnecía Etruria venía con ánimo de alcanzarlos por la espalda y se hallaba ya muy cercano. Con este aviso volvieron sobre sus pasos y salieron al encuentro, deseosos de batirse. Ya iba a ponerse el sol cuando se avistaron los dos ejércitos. En este estado hicieron alto, sentando los reales uno y otro a corta distancia. Llegada la noche, los galos encendieron fuegos y dejaron sola la caballería, advirtiéndola que luego que con la luz del día los alcanzasen a ver los enemigos siguiesen sus pasos: ellos, mientras, hacen una oculta retirada hacia Fiésole, donde acampan, con ánimo de esperar su caballería y dar de improviso contra el ímpetu del enemigo. Los romanos, que con la luz del día advirtieron la caballería sola, creyendo que los galos habían emprendido la huida, siguen con calor el alcance. Pero apenas se hubieran aproximado, cuando los galos hicieron frente, dieron sobre ellos, y aunque al principio fue viva la acción de una y otra parte, al fin, superiores los galos en espíritu y gente, dieron muerte a poco menos de seis mil romanos e hicieron huir a los demás. La mayoría se retiró a un lugar ventajoso, donde se hizo fuerte. En un principio los galos pensaron en sitiarlos; pero malparados con la marcha, fatigas y trabajos de la noche anterior, dejaron una guardia de su caballería alrededor de la colina y se fueron a descansar y sosegar, con ánimo al día siguiente de forzarlos si de voluntad no se entregaban.